

Informaciones

El Mundial de Filosofía en Pekín: entre la dispersión y la emergente filosofía cristiana

En el mismo complejo olímpico de Pekín-2008 y a sólo unas semanas del Mundial de Fútbol de Rusia, se acaba de celebrar otro Mundial bien distinto al de la pelota: el XXIV Congreso Mundial de Filosofía. Así, desde el 13 al 20 de agosto del presente 2018 China ha entrado de lleno en el panorama internacional del pensamiento más amplio y profundo: el de la filosofía. Su cultura de 4000 años ha acogido por vez primera la mayor reunión mundial de filósofos. Esta serie de congresos se realiza cada cinco años desde hace un siglo bajo los auspicios de la Federación Internacional de Sociedades Filosóficas (FISP), vinculada a la UNESCO. Además de recibir la acogida del país de Confucio y Lao-Tsé, la novedad de este Congreso Mundial ha estribado en una ampliación exponencial en todos los registros: hemos participado 8.000 congresistas de 121 países, debatiendo hasta en un millar de sesiones paralelas y plenarias sobre más de un centenar de cuestiones vitales para la humanidad.

Tales cuestiones, que afectan a todas las ramas del saber, han ido desde las clásicas de la filosofía, como el fundamento de lo real o el sentido de la vida, hasta los desafíos más actuales de la «inteligencia artificial», la ecología o el posthumanismo. Se ha reivindicado tanto la importancia de la milenaria filosofía china, como también la filosofía de otras grandes tradiciones culturales, por ejemplo la rusa, la coreana o las africanas. Y es que a toda gran cultura corresponde una gran tradición filosófica. Esto ha de reflejarse en el sistema educativo, que sin buena base filosófica tiende a la superficialidad y a la instrumentalización de la persona. Sólo es de lamentar que, pese a la notable presencia española, prácticamente nada se ha propuesto desde la multiseccular tradición filosófica hispana. En cambio, los hispanoamericanos sí han hecho valer sus esfuerzos por pensar el mundo desde su lengua y cultura.

En todo caso, ha merecido la pena este magno encuentro de gran apertura de los filósofos a los hondos problemas de este acongojado

mundo. Son problemas que sólo desde la peculiar hondura de la filosofía pueden encontrar vías de comprensión y solución. Los problemas de la humanidad se resuelven aprendiendo a ser más humanos. Por ello, el lema de este congreso ha sido el de «Aprendiendo a ser humanos».

El esfuerzo pluralista por incluir toda perspectiva, temática y cultura en el Congreso Mundial es elogiado. Pero, como toda polarización, entraña graves riesgos muy presentes en la actual filosofía profesional: el de la excesiva dispersión entre especialidades y tendencias, y el de una almirada corrección política, contraria al auténtico sentido crítico y propositivo de la filosofía. La inevitable hiperespecialización de artes y ciencias es especialmente peligrosa en filosofía. Así es, porque la vocación vertebradora de la filosofía entre todos los demás saberes queda muy comprometida por su propia ramificación desmesurada y por el escaso diálogo entre las diversas tradiciones o escuelas. Que se desmembre la ontología respecto de la metafísica, o la filosofía de los valores respecto de la ética y de la axiología, son ejemplos de esta desorbitada tendencia a forzar rupturas intradisciplinarias. Pueden surgir nuevas especialidades filosóficas, pero deben estar muy justificadas y nunca han de perder su referencia orgánica en el conjunto de la filosofía. También es preocupante que, por ejemplo, un fenomenólogo, un analítico o un tomista suelen hablar jergas tan distanciadas que parecen cultivar saberes divergentes e inconmensurables. Los congresos mundiales son ocasiones privilegiadas para escuchar los otros «dialectos» filosóficos. Pero no todos los congresistas lo aprovechan. Algunos acuden a tales eventos para seguir hablando de lo mismo (o de sí mismos) y repetir lo de siempre. Muchos, aunque no lo digan en público, se aferran a que la filosofía es una exclusiva eurocéntrica (sobre todo griega, franco-germánica y anglosajona), de modo que el confucianismo y otras muchas tradiciones sapienciales no serían real filosofía. Y también en congresos como éste se abusa de tópicos simplistas que nos encasillan como «occidentales» u «orientales», o «conservadores» frente a «progresistas».

Es comprensible que en varias sesiones se hiciera especial hincapié en el pensamiento de Marx, dado el bicentenario del nacimiento del principal ideólogo del comunismo, y siendo nuestro anfitrión el gobierno de un partido comunista. Pero la hipercorrección política quedó un tanto exacerbada con la conferencia de clausura, confiada a uno de los últimos presidentes de la FISP, el norteamericano William McBride. Su tesis no fue otra que la de encumbrar a Marx como el filósofo por excelencia de nuestro tiempo. Utilizó el símil de que tal

como Sto. Tomás de Aquino consideraba a Aristóteles como «el filósofo» por antonomasia, así corresponde exaltar a Marx. Y, repitiendo lo dicho por el ministro chino de educación en la inauguración, se refirió a Marx como el pensador más influyente de nuestra época. Nadie niega a Marx su enorme influjo contemporáneo. Lo discutible es: si ese fuerte influjo ha hecho bien o mal a la humanidad, contribuyendo a la libertad democrática y a la prosperidad, o bien a los totalitarismos y al empobrecimiento general; y si realmente ha esclarecido lo profundo de la vida humana y del conjunto de lo real, o más bien ha suministrado una tenebrosa ideologización violenta para que en nombre del proletariado y de un incierto paraíso terreno unas élites se hiciesen con todo el poder y controlasen el pensamiento. El profesor McBride es libre de ensalzar a su filósofo predilecto por encima de todos los demás. Pero, en el contexto tan plural de un Congreso Mundial, esto requiere mucha mayor ponderación y argumentos contrastados.

No obstante, en este y otros congresos mundiales de filosofía predomina una gran amplitud de miras. Así, algo muy aleccionador para las estrechas mentalidades laicistas de nuestros pagos es la abundancia de secciones dedicadas a filosofías vinculadas a las grandes religiones, como las filosofías hinduista, budista, jainista, judía o islámica. Destacaron las numerosas secciones centradas en la filosofía cristiana. Es algo que contrasta con el olvido de la filosofía cristiana en los países de tradición cristiana como España. Nuestra irracional descristianización procede también de marginar la riquísima tradición filosófica cristiana. Sin filosofía cristiana la teología cristiana no se sostiene y nos hundimos en meros subjetivismos, emotivismos y costumbrismos. No basta diluir la filosofía cristiana en un simple estudio histórico de unos cuantos grandes filósofos cristianos. La filosofía cristiana, con todas sus variantes, tiene mucho que seguir aportando a la sabiduría intercultural y mundial. Así, en el Congreso de Pekín comprobamos la convergencia y la complementariedad entre la sabiduría cristiana y la de los clásicos de la sabiduría china, sobre todo con la confuciana. Incluso el ministro chino de educación en la ceremonia inaugural insistió en que la clave de la tradición filosófica china ha sido siempre la armonización del Cielo y de la humanidad. No está mal en boca de un alto representante de la organización atea más grande del mundo, el Partido Comunista Chino.

Pero es que en China el gobierno y el pueblo respetan su tradición sapiencial, a diferencia de lo que ocurre generalmente en la decrepita cultura europea actual. Aquí bastantes gobiernos compiten por reducir la enseñanza de la filosofía o manipularla para el adoctrinamiento

partidista. Aquí la mayor parte de la juventud, si tiene opción, procura no elegirla a cambio de estudios falsamente más «prácticos». Y aquí los principales medios de comunicación apenas le prestan la debida atención. Esto queda patente con el ínfimo seguimiento mediático que reciben incluso los congresos mundiales de filosofía. Descontada alguna excepción, los grandes medios de comunicación menosprecian hasta la mayor expresión mundial de ese corazón de la cultura y de la educación llamado «filosofía». ¿Son dignos de presentarse como agentes culturales y referentes sensibles a lo más profundo del hombre? ¿Son coherentes manteniendo secciones denominadas «culturales» o «educativas»? ¿Cabe alguna alternativa al desprecio a la filosofía y a quienes la cultivan, que no sea el de la frivolidad o el mero pragmatismo miope?

Pese a la parte de culpa que tengamos los filósofos profesionales de la irrelevancia social del cultivo de la sabiduría, haya o no congresos mundiales, y se nos preste o no atención mediática, la filosofía siempre sobrevivirá mientras quede humanidad dignamente pensante. Es la auténtica filosofía vivenciada la que ante todo nos prepara para ser profundamente humanos, abriéndonos al infinito y lo eterno.

Pablo López López

Sergio Rábade *In memoriam*

El pasado 27 de marzo fallecía inesperadamente en Madrid Sergio Rábade Romeo, figura emblemática de toda una generación de la filosofía española. Nacido en Begonte (Lugo) en 1925 y, desde 1966, catedrático de metafísica de la Universidad Complutense de Madrid –de la que fue Vicerrector–, fue también Rector del CEU, presidente de la Sociedad Española de Filosofía y medalla Castelao de la Xunta de Galicia en el 2001. Todo ello entre otras muchas cosas, porque la trayectoria profesional de Sergio Rábade lo convierte, posiblemente, en la figura que mejor encarna el espíritu y la circunstancia de la Transición española en el ámbito de la filosofía académica.

Gallego al ciento por ciento –como solo se puede ser en Madrid–, la diversidad ideológica de sus discípulos y amigos, la variedad temática de las tesis y seminarios dirigidos por él, y las decenas de profesores de

universidad y de instituto cuyo magisterio actual modula su impronta de muy diversas maneras, dejan constancia de la magnitud de su labor.

Pero más allá de la proyección social de su trabajo, el profesor Rábade ha sido, sobre todo, un gran pensador de la historia de la filosofía y de la filosofía desde su historia. Quiere esto decir un gran intérprete y hermeneuta de los grandes pensadores de nuestra tradición y también un lúcido descubridor de la vigencia, actualidad y proyección de futuro de sus obras. Europa pierde con su muerte a uno de sus mejores conocedores de las obras de Occam, Suárez y Espinosa, y pierde también al autor de algunas de las mejores síntesis sobre lo que es y ha sido la teoría del conocimiento humano en la tradición occidental.

Es inútil describir aquí los escritos del profesor Rábade o las líneas de trabajo inspiradas por él en sus colaboradores y discípulos. No es fácil encontrar un pensador que se mueva con la soltura y familiaridad de una lengua materna en el mundo del pensamiento clásico, medieval, moderno y contemporáneo. Lo que implica, sobre todo, moverse con naturalidad en las fronteras entre los cuatro, es decir, en esas tres áreas fascinantes, nebulosas y proteicas que gestan la metamorfosis de lo clásico a lo medieval, de lo medieval a lo moderno y de lo moderno a lo contemporáneo, y en las que el magisterio de Sergio Rábade tiene muy difícil parangón en España.

En verdad, no es tarea obligatoria para pensar bien pensar las grandes ideas desde sus grandes metamorfosis, pero si no lo hacemos así nos perdemos cosas importantes y, en ocasiones, cruciales; como se hace patente al ejercitar una de las grandes enseñanzas del estilo de trabajo de nuestro autor: leer con cariño y respeto cosas muy distintas.

Hay que tener cierta clase de vocación intelectual y haber recibido el don de una inteligencia mestiza –que no está sustantivamente anclada a una sola época o escuela– para sentir por qué es tan importante «ver y no ver» a Heidegger en Duns Escoto o a Leibniz en Suárez, y para disfrutar transitando por esos fascinantes subterráneos o bosques sin desbrozar que las filosofías de manual ignoran, porque realmente no hay más remedio cuando tan solo se trata de iniciarse en la historia de las ideas humanas.

El profesor Rábade no propuso nunca una aproximación intemporal o ahistórica del gran tema de su vida: el conocimiento humano; ni creyó nunca del todo que el «reseteo» total del discurso, que tan buenos resultados da en informática, fuese la gran solución en filosofía.

Podemos estar o no de acuerdo con él –quienes compartimos sus clases y seminarios casi nunca lo estábamos porque no hay un pensamiento «rabadiano»–, pero hay tres cosas que se aprendían a

hacer realmente bien a su lado: entender de verdad lo que decían los grandes autores del pensamiento –sin poner en su boca lo que no decían–, vislumbrar desde ahí con creatividad lo que todavía tienen que decir –que a lo mejor no es todo lo que necesitamos saber–, y saber replicarles con pertinencia y audacia pero también, y sobre todo, con el cariño y la cordialidad de un buen compañero a quien la muerte no arrebató la interlocución.

Una cordialidad que es, tal vez, la nota dominante del estilo investigador y docente del profesor Rábade. El 2 de junio del 2017 se presentaban en la Universidad Complutense los dos últimos volúmenes de sus obras. Unas obras que todavía no se daban por completas. En el cierre del acto, el autor, y en respuesta no preparada a las intervenciones precedentes, hilvanaba una brillante reflexión filosófica que culminaba con una reflexión sobre cierto pasaje de Guillermo de Occam. Los asistentes pudimos disfrutar en ese día de un último ejercicio de magisterio en plenitud de facultades filosóficas y docentes y acompañado también de la fina ironía, la agudeza y el buen humor que envuelven ya para siempre su figura en nuestro recuerdo.

Ignacio Quintanilla Navarro